

A MONS. CELSO MORGA, ARZOBISPO DE MÉRIDA/BADAJOZ, A LOS PRESBITEROS, A LAS PERSONAS CONSAGRADAS YA LOS FIELES LAICOS DE LA IGLESIA DE MÉRIDA/BADAJOZ

Muy queridos en el Señor: Paz y Bien

El día 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, se hizo público que el Papa Francisco me había nombrado Arzobispo Coadjutor de Mérida/Badajoz.

En esta ocasión quiero que mi primera palabra entre vosotros sea una palabra de gratitud. Gracias al Señor de la vida que *me pensó, me amó y me llamó*. Gracias a mi familia por haberme mostrado el rostro amable del *Padre de las misericordias* y haberme educado en la fe. Gracias a la Provincia Franciscana de Santiago y a la Orden Franciscana, a las cuales pertenezco, por ayudarme a crecer en los valores que hoy dan sentido a mi existencia. Gracias a tantas personas que he encontrado en la vida y que me han sostenido, y me sostienen todavía hoy, con su cercanía y oración. Gracias al Santo Padre, el Papa Francisco, por haber sido para mí un padre, hermano y amigo en todo momento, y que, con este nombramiento, sigue manifestando su confianza en mí. Gracias a Don Celso Morga Iruubieta por la acogida fraterna que me ha dispensado. Gracias Don Celso de todo corazón. Al mismo tiempo le renuevo mi actitud de leal y sincera colaboración. Gracias a todos vosotros~, hermanos y hermanas, amados del Señor, por acogerme como pastor y poner todos los medios para que pueda sentirme en casa.

Desde que supe de mi nombramiento como Arzobispo Coadjutor de esta Iglesia particular que peregrina en tierras de Extremadura, no ceso de dar gracias al Señor por todos vosotros, “por la gracia que os ha sido dada en Cristo Jesús” (1Cor 1, 4), “recordándoos en mis oraciones” (Ef 1, 16).

Con estas palabras quiero también saludar a todos: Al Sr. Arzobispo, al Sr. Vicario general y demás Vicarios, a los miembros de los Cabildos de Mérida/Badajoz, a todos los presbíteros, seminaristas, consagrados, en particular a las Hnas. Contemplativas, y a todo el pueblo santo de Dios que peregrina en nuestra Archidiócesis. *A los de cerca y los de lejos.*

Queridos hermanos y hermanas: No os conozco como quisiera y ya os amo; apenas acabo de ser nombrado y ya me siento en casa. Vuestra tierra ya la siento mía. Mi compromiso desde ahora mismo será el de conoceros más y mejor, para amaros más y mejor; el de acogeros en mi casa, en mi corazón, para sentirme, cada vez más a gusto, entre vosotros. Ayudadme a hacer realidad estos compromisos.

Mientras acojo esta nueva llamada, que el Señor me hace a través del Papa Francisco, como una gracia, abro mi corazón al Señor de la historia con confianza y alegría, Soy bien consciente del don recibido cuando, hace más de 10 años, he sido llamado al episcopado, y también de la responsabilidad que la nueva misión comporta. Acojo esta nueva misión no sin temor y temblor, pero también con gran confianza en aquel en quien, como reza mi lema episcopal, he puesto mi confianza: “Se de quien me he fiado” (2Tim 1, 12),

Me presento a vosotros con toda mi pobreza y a la vez con todo lo que la Providencia me ha regalado en la vida. Con mi pobreza, para que la supláis con vuestra comprensión y colaboración. Consciente de mi pobreza, tiendo mis manos mendicantes y, *besándoos los pies*, os suplico que me acogáis con benevolencia como hermano y pastor, necesitado de vuestra ayuda fraterna. Me presento también con los dones que el Señor, *e! gran Limosnero*, me ha dado. Muchos o pocos, soy bien consciente que el Señor me los regaló para que los ponga al servicio de los demás (cf. *Mt 14, 13-21; Mc 6, 41-43*), como también soy bien consciente que “hay más alegría en dar que en recibir” (*Hch 20, 35*), y que es dando como se recibe (San Francisco).

El carnet de identidad dice que llego a vosotros cargado de años, pero ese documento, aunque fehaciente, no puede saber que llego a vosotros cargado también de ilusión, con un gran deseo de conocer esa realidad eclesial: vuestra fe, vuestra comunión en Cristo Jesús, vuestra entrega al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, vuestras esperanzas, vuestras preocupaciones, vuestra pasión por la humanidad que sufre. Con vosotros, también yo como Pablo con los cristianos de Roma, deseo vivamente “compartir el mutuo consuelo de la fe común: a vuestra y la mía” (*Rom 1, 12*).

Llego a vosotros como *ministro y siervo* de todos, disposición del corazón que, en la familia franciscana a la que pertenezco, he intentado adquirir como forma de vida inspirada en el evangelio. Si no me hallareis así, será gran misericordia para conmigo que me lo recordéis y me lo perdonéis.

Llego a vosotros como aprendiz de todo lo que concierne a la misión a la que he sido llamado en una Iglesia particular, pues los muchos años vividos en la Orden de Hermanos Menores, los diversos *ministerios* que en ella he desempeñado, lo mismo que el servicio prestado a la Iglesia como Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, aunque me han permitido acercarme de muchas maneras a los pastores de las Iglesias particulares, no me han dado los conocimientos necesarios para serlo. Por todo me presento a vosotros como aprendiz y discípulo.

Y puesto que deseo ser para vosotros un buen pastor, quiero realizar con vosotros el proyecto que el Papa Francisco nos presenta en *Fratelli tutti*: caminar juntos, trabajar juntos, elaborar juntos los proyectos de pastoral, soñar juntos. Sí, juntos, pues solo juntos, unos de la mano de los otros, el camino se nos hará más llevadero, los proyectos pastorales serán fecundos, y nuestros sueños se convertirán en realidades. Ni los pastores sin las ovejas, ni las ovejas sin los pastores, Esta es nuestra vocación y misión; caminar juntos, para construir juntos el Reino de Dios.

A vosotros y a mí, como Iglesia que peregrina en estas tierras de Mérida-Badajoz, el Señor nos pide colaborar en la construcción de una Iglesia en salida hacia las fronteras existenciales y necesitadas del Evangelio; una Iglesia misionera y propositiva, abierta a una pastoral *nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nuevo en sus expresiones* (san Juan Pablo II), que sepa escuchar las preguntas existenciales del hombre y de la mujer de hoy, y desde ahí que sea capaz de proponer a Jesús, sin miedo ni arrogancia, como “camino, verdad y vida” (*Jn 14, 6*); una Iglesia misionera y propositiva, comprometida en el primer anuncio que interpele a jóvenes y no tan jóvenes y en una pastoral creativa, capaz de sacar lo nuevo de lo viejo (cf. *Mt*

13, 52), que sepa transmitir la llama de la fe y mantener vivas las brasas que enciendan otros fuegos; una iglesia misionera y propositiva que no se refugie en el *siempre se hizo así*; una Iglesia sinodal, en la que todos nos sintamos en la misma barca y en la que todos los que formamos esta iglesia particular nos escuchemos con confianza y nos acojamos como miembros de una misma familia unida en Cristo. A vosotros y a mí el Señor nos pide ser Iglesia samaritana, hospitalaria, de puertas abiertas, que cure las heridas de tantos que yacen *medio muertos o lo vero del camino* con el aceite de la misericordia y el vino de la fortaleza, que la conviertan en profecía viviente; una iglesia que luche por curar a quienes no tienen ganas seguir, paralizados en sus sueños, golpeados por una realidad económica que duele y congela el alma y el cuerpo; una Iglesia que en estos tiempos de crisis acumuladas no permanezca como mera espectadora, sino parte activa en la ayuda a todas las personas que sufren la pobreza y la exclusión; una iglesia que abrace a *Cristo leproso* en todos los *leprosos* de nuestra sociedad, en todos aquellos que tienen hambre de pan y hambre de evangelio, sabiendo que al final de la vida seremos examinados del amor (san Juan de la Cruz) y que lo que hayamos hecho o dejemos de hacer a uno de los más pequeños, es a Cristo mismo a quien lo hacemos o dejamos de hacer (cf. *Mt 25, 32-41*); una iglesia en la que sepamos multiplicar y repartir los panes de la misericordia y de la reconciliación; una iglesia en la que *pongamos paz donde hay discordia, alegría donde hay tristeza, vida donde hay muerte, ternura donde rencor y rigidez* (cf. San Francisco de Asís); una iglesia rica de espiritualidad, que nos haga místicos y profetas a la vez, hombres y mujeres del cielo y a la vez de la tierra, comprometidos con el evangelio y con nuestros hermanos y hermanas, los hombres y mujeres de nuestro tiempo, particularmente con los más pobres; una iglesia *centrada* en Cristo, *concentrada* en lo esencial y *descentrada* para servir al hombre; una iglesia que no contraponga nunca la fe y el compromiso social, que ponga en su centro la Eucaristía, culmen de la vida cristiana, y la escucha de la Palabra, *luz para nuestros pasos* (cf. *Sal 105*); una iglesia de comunión, al estilo de la Trinidad, tejedora de diálogo, en la que los ancianos y adultos trasmitan el testigo de la fe a los más jóvenes, y en la que los jóvenes puedan profetizar y los ancianos tener visiones (cf. *Jl 3, 1*).

Queridos hermanos: Ninguno de los que formamos parte de esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz podemos quedar mirándonos unos a otros. Hemos de mirar todos en la misma dirección, que no puede ser otra que el proyecto salvífico de Dios para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Yo el primero. Los desafíos que tenemos delante son muchos. Solos no podemos enfrentarnos a ellos y menos todavía dar una respuesta adecuada. Todos juntos, sin que falte ninguno, sí podemos. Estamos llamados a unir nuestras fuerzas, sabiendo que en nuestra debilidad está nuestra fuerza (cf. *2Cor 12, 10*).

María Santísima, tan amada en esta tierra, nos acompañe siempre, y San Juan Bautista, patrono de nuestra querida Archidiócesis, nos alcance del Señor la gracia de caminar juntos.

Al mismo tiempo que os pido que recéis por mí, os bendigo en el Señor Jesús.

Orense, 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, de 2023

+ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo Coadjutor de Mérida-Badajoz